

Beato MARÍA EUGENIO

Carmelita Descalzo y Fundador
del Instituto Notre Dame de Vie

DEL NIÑO JESÚS

Hoja Informativa - nº 22 - 2017

Presentación

PME - 2



Querid@s amig@s del beato María-Eugenio del Niño Jesús, ¿no es verdad que nuestro gozo es enorme después de la proclamación del nuevo beato, el pasado 19 de noviembre, por el Cardenal Angelo Amato, en Aviñón? Llevábamos tiempo esperándolo, trabajando y rezando al Señor por ello. ¡¡Demos gracias!!

Hemos concluido una primera etapa: la beatificación ¿Hay alguna diferencia a partir de ahora? Por supuesto que sí. Una vez que la Iglesia declara a alguien “beato”, “bienaventurado”, le reconoce ante toda la comunidad eclesial como modelo de vida e intercesor ante Dios. Celebrando la beatificación, se ofrece la posibilidad de que el nuevo beato sea conocido por más gente que pueda beneficiarse de su enseñanza y de su testimonio. Esta figura del Carmelo, fundador del Instituto Secular Nuestra Señora de la Vida sale, por así decirlo, de su entorno más familiar, para ser propuesto a la Iglesia universal. Se nos invita a encomendarnos a su oración, a confiarle nuestras intenciones, a conocer sus escritos.

Publicaciones en español

QUIERO VER A DIOS, EDE, Madrid 2002, 1311 págs.

MÓVIDOS POR EL ESPÍRITU, EDE, Madrid 1992, 352 págs.

LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PADRE M^a EUGENIO, Monte Carmelo, Burgos 2008.

TÚ AMOR CRECIÓ CONMIGO, TERESA DE LISIEUX, EDE, Madrid 1990, 183 págs.

JUAN DE LA CRUZ, PRESENCIA DE LUZ, EDE, Madrid 2003, 335 págs.

MISTERIO PASCUAL, Monte Carmelo, Burgos 1987, 80 págs.



Desde el momento en que se abre una Causa de Canonización, la Iglesia Católica establece una serie de etapas: Siervo de Dios, Venerable, Beato y Santo. Cada una de ellas conlleva determinados pasos, con mucho trabajo y un estudio riguroso, hasta probar la santidad del Siervo de Dios.

En las páginas siguientes, hemos resumido las etapas transcurridas para la declaración del padre María Eugenio como beato.

En esta nueva Hoja Informativa, con motivo de su beatificación, publicamos la traducción del original francés, de un

librito titulado “La fuerza de la oración”. Es una biografía resumida del beato María Eugenio, pero más que una sucesión de datos históricos, nos deja entrever unas pinceladas sobre su alma. Con algunos textos, hasta ahora inéditos, de conferencias, homilías, cartas y confidencias, vamos descubriendo cómo la oración, esa relación íntima con Jesús, compañero, que lleva hacia el Padre y con el Espíritu, su Amigo, entretejió toda la vida del beato. Son líneas llenas de esperanza y en clave de nueva evangelización.

Hemos mantenido todas las citas, pero sin anotar su origen para no ralentizar la lectura. Muchas de ellas se pueden encontrar en el libro recientemente publicado “*La vida del padre María Eugenio del Niño Jesús*” de Guy Gaucher.

Esperamos que estas páginas, nos sirvan para conocer más en profundidad su itinerario espiritual, a la vez que nos

15 DÍAS CON EL PADRE MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, Fundador de Notre Dame de Vie, Deglaire, R y Guichard, J, Ciudad Nueva, Madrid 2006

AA.VV., **VIDA DEL PADRE MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS**, Biografía Popular, Monte Carmelo, 2004, 72 págs.

PEDIRÉ PARA VOSOTROS EL ESPÍRITU SANTO, EDE, Madrid 1993, 96 págs.

ASÍ ERA EL PADRE MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, Monte Carmelo, Burgos, 1986, 152 págs.

Padre Eugenio del Niño Jesús

Etapas hacia la beatificación



El padre María-Eugenio muere el 27 de marzo de 1967, lunes de Pascua, en Notre Dame de Vie, Venasque. Después de su muerte, continuó su misión.

La santidad de vida, reconocida por el pueblo de Dios hizo que se le invocara por toda clase de motivos. Muchos fueron los testimonios que llegaban al Instituto Notre-Dame de Vie. Al mismo tiempo, su enseñanza acerca de la oración y del compromiso en el mundo no dejó de difundirse. En 1983, el General de la Orden de los Carmelitas Descalzos animó al Instituto Notre-Dame de Vie a solicitar la apertura de la causa de canonización.

ETAPA DIOCESANA (1985-1994). Dada su fama de santidad, Monseñor Bouchex, Arzobispo de Aviñón abrió el proceso de canonización en 1985, constituyendo un tribunal eclesiástico y una comisión de expertos para realizar el trabajo. Se recopilieron 25.000 páginas de documentos y de testimonios acerca

del Siervo de Dios, que fueron enviadas a Roma, en 1994, a la Congregación para la Causa de los Santos.

ETAPA ROMANA (1994-2000). Se comienza entonces la redacción de una Positio que presenta una biografía muy documentada y todos los elementos necesarios para juzgar sobre las virtudes heroicas: virtudes teologales, cardinales y de religión.

La Positio para demostrar la santidad se concluyó en el año 2000.

VENERABLE. Los Consultores Teólogos, tras debatir para saber si el Siervo de Dios había practicado las virtudes cristianas de modo heroico, llegaron a una conclusión positiva y el 19 de diciembre de 2011, el Papa Benedicto XVI firmó el Decreto para la Promulgación de las Virtudes Heroicas, declarando así “Venerable” al padre María-Eugenio.



UN SIGNO DE DIOS. Para que se declare Beato a un Venerable, hace falta que la Iglesia le reconozca un milagro. Varias curaciones científicamente inexplicables fueron presentadas a la postulación y una de ellas fue elegida. Se trataba de un bebé que nace con grandes quistes en el cuello. Le operan a los 11 días, y de nuevo, de urgencia cuando tiene dos semanas. Unos días después, el cirujano constata un flujo abundante, que proviene de una fístula en el canal torácico. La vida del niño está en serio peligro.

La madre apunta en su diario: « haría falta un milagro »... Es ese milagro que la tía abuela del niño va a implorar en su oración por la intercesión del padre María-Eugenio, el día en que recibe la carta de los padres anunciándole que la situación no tiene salida. Es precisamente en este día que, sin explicación y sin ninguna señal anunciando una mejoría, el flujo que no paraba, cesa de

repente. La madre escribe, ese mismo día: « el milagro ha ocurrido hoy ». Al día siguiente, los médicos constatan que el niño está verdaderamente curado. El 28 de mayo de 2015 se reconoció médicamente el carácter inexplicable de la curación.

BEATIFICACIÓN. Para llegar a la beatificación dos encuestas son necesarias: una sobre la santidad de vida del Siervo de Dios y otra sobre un posible milagro atribuido a la intercesión del Venerable María-Eugenio del Niño Jesús. Ante el resultado positivo de ambas, el Papa Francisco autorizó su beatificación, comunicándolo oficialmente el 4 de marzo de 2016.

El 19 de noviembre 2016, durante la Misa Internacional que se celebró en Aviñón (Francia), presidida por el Cardenal Angelo Amato, el Prefecto para la Congregación de las Causas de los Santos, en representación del Papa Francisco, leyó la Carta apostólica firmada por el Santo Padre, declarando solemnemente que se le puede llamar "Beato". También anunció, que a partir de ahora, se podrá celebrar cada año, su fecha litúrgica el 4 de febrero.

El nuevo Beato seguirá su misión, yendo al encuentro de los que buscan un sentido a su vida, de los que buscan a Dios. Es un incentivo para encomendar nuestras intenciones a su oración y dar a conocer ampliamente su doble dimensión de Padre y Maestro espiritual.

LA FUERZA DE LA ORACIÓN

P. Jean Marie Laurier
R. Deglaire
J. Guichard

Título original:
La force de la prière

© Ediciones Le Livre Ouvert,
10190 MESNIL SAINT-LOUP,
FRANCE, 2016 (3ª edición)

© L'Olivier para los textos del
Padre María Eugenio

Crédito fotos:
© L'Olivier, F 84210 Venasque

Traducción y revisión:
Instituto Nuestra
Señora de la Vida



La fuerza de la Oración


El 13 de enero de 1967, poco antes de su muerte, el Padre María Eugenio decía: *“Si hubiese tenido que escoger un lema, habría elegido: Traditus Gratiae Dei.”*

“Entregado a la gracia de Dios, ¿entendéis lo que esto significa? ‘Entregado a Dios’ es algo vago, no corresponde a la realidad; ‘entregado a la gracia de

Dios en mí’, ‘entregado a mi gracia’, esta es la realidad.”

Palabras que dejan entrever el misterio de su vida y de su obra, el misterio de la acción de Dios en su alma, el misterio de su respuesta de amor.

La oración forjó la unidad de su vida. Nos entrega su secreto.



*“He rogado por ti”,
dijo Jesús a Pedro (Lc 22,32).*

*“Nuestro Señor oró por aquellos
que han sido llamados por el Padre,
oró por nosotros.
En el cielo comprenderemos que tal gracia,
se la debemos a la oración de Jesús.
Esta oración es la gran fuerza de la Iglesia.
Pongámonos bajo el amparo de esta
oración.*

*Démosle gracias a Jesús
por la oración que hizo por nosotros:
lo que hemos obtenido,
lo hemos obtenido gracias a ella.*

*Él nos ha tomado
como sus cooperadores, para orar.
Hizo orar a otras almas por nosotros,
hizo orar a los santos por nosotros,
y su oración ha sido eficaz
“por Jesucristo Nuestro Señor.”*

*Que él nos enseñe a orar,
que nos haga dóciles
a la acción del Espíritu Santo
como lo fue él mismo,
que digamos las palabras que él quiere”*

Cuando Dios ENTRA en una vida



Se llamaba Enrique Grialou.

Nació en el Gua, en Aveyron, Francia. La situación de su familia es típica de finales del siglo XIX: una familia de origen campesino que deja el mundo agrícola. El papá fue a trabajar a la mina y, en 1904, murió repentinamente. La mamá, María Grialou, se quedó sin recursos económicos al enviudar y la familia conoció entonces la pobreza. Ella se vio obligada a trabajar duro para mantener a sus cinco hijos.

“¡Cuánto teníamos que trabajar! ¡Cuánto teníamos que ahorrar!... Pero no nos faltó lo necesario. Cuando entré en el convento, la pobreza nunca me costó.” La hermana del P. María-Eugenio cuenta: *“Estuvimos siempre muy unidos entre hermanos. Desde peque-*

ños nos acostumbraron a ayudar a los demás, mamá también lo hacía. Fue ella quien nos infundió la fe cristiana y papá era un hombre muy, muy bueno.” Enrique lo reconoce: *“He crecido rodeado de amor.”*

Estudió primaria en la escuela de los frailes. *“Subía a menudo por el camino que iba al presbiterio, me sentaba encima del muro y desde allí lo miraba; así es como me decidí a ser sacerdote.”*

“El párroco del Gua quería enviarme al seminario menor de Graves, pero eso costaba dinero y mi madre tenía que pensar en todos, no sólo en mí, porque papá había muerto el año anterior”. Pero resulta que los padres del Espíritu Santo, exiliados en Italia a causa de las leyes anticlericales de 1902, habían comenzado una escuela apostólica en

Susa, en la frontera italiana. En junio de 1905 uno de ellos, de paso por el Gua, propuso a los alumnos hacer gratuitamente estudios con ellos. *“Vino a preguntarme si quería irme con él. Dudé, pero finalmente me fui a Italia, yo solo, sin haber cumplido aún 11 años”*.

Enrique acepta exiliarse voluntariamente para responder a la llamada de Jesús. Durante tres años no podrá ver a su familia. Al regresar, va al seminario menor de Graves y la señora Grialou redobla sus esfuerzos para que él pueda seguir estudiando.

Considerando estos acontecimientos, Enrique se interroga sobre el misterio de su vocación. Le escribe a un amigo suyo:

“Quisieras saber dónde y cómo contribuiré a extender el Reino de Jesucristo. Esta cuestión me la planteo yo muy a menudo pero no la he resuelto todavía. Iré al seminario, y después, lo que Dios quiera. Él sabrá cómo manifestarme su voluntad cuando le parezca. Pide un poco por mí para que sea realmente fiel, [...] para que haga siempre su voluntad”.

Más tarde, hablando de la llamada personal que Dios nos dirige a cada uno, dirá: *“Cada uno de nosotros tiene su misión, cada uno tiene su gracia, diferente de la del vecino. ¿Cuál es la mejor? Para cada uno de nosotros, la mejor es la nuestra. El alma no tiene más luz que la llama que arde en su*



corazón. Esta llama de amor que Dios prende en cada una de nuestras almas es un comienzo. La antorcha está encendida, el Espíritu actúa en nosotros. Hay que entregarse al Espíritu y caminar a la luz de esa llama”.

En octubre de 1911, Enrique ingresa en el seminario mayor de Rodez. Desde allí escribe de nuevo a su amigo: *“Por fin ha empezado el curso y te escribo esta carta desde mi pequeña habitación. ¡Es tan agradable estar trabajando solo ante el crucifijo y la imagen de sor Teresa del Niño Jesús! A propósito, déjame preguntarte si conoces a sor Teresa, la pequeña Carmelita de Lisieux. Encuentro su vida escrita por ella misma admirable: jamás ningún libro me ha impresionado tanto como este. La he leído varias vec-*



es, me he comprado un ejemplar para poder releerlo a menudo. No encuentro las palabras para expresar las impresiones que crea en mí."

Durante 1914, estalla la Primera Guerra Mundial. En Francia, para cumplir con su deber, todos los ciudadanos varones han de participar en ella, razón por la cual Enrique se encuentra implicado, durante cuatro años, en las más reñidas batallas.

Como muchos otros combatientes de ambos campos, experimenta la poderosa protección de sor Teresa: "*Camina- mos siempre bajo las balas. [...] Sor Te- resa las desvía, las detiene.*" En medio de la terrible prueba de la guerra, escribe: "*Estos sufrimientos son demasiado duros para nuestro pobre corazón.*" A uno de sus camaradas del frente, le confía la convicción que se le va imponiendo cada vez con más fuerza: "*Dios,*

fundamento de todo, el único ser por el que uno pueda sacrificar decentemente su vida, esto es lo que prevalece de lo que vemos todos los días."

En 1919 Enrique regresa a su tierra. Ha adquirido una gran madurez. Es un capitán apreciado por los soldados, ha sido condecorado con la Cruz de guerra. Profundamente marcado por estos años, dice con sobriedad que la guerra "*[ha sido] para él una escuela de vida, un crisol de experiencias irremplazables que le habían preparado a afrontar todos los ambientes y a comprender muchos sufrimientos.*"

Sus dotes intelectuales y humanas, su capacidad para asumir responsabilidades le valen propuestas brillantes que no le dejan indiferente: "*Me sentía hecho para la aventura. Después opté a fondo por el sacerdocio, sin contemplaciones.*"

NOCHE DEL 13 AL 14
DE DICIEMBRE DE 1920

ANIVERSARIO DE SU BAUTISMO
Y DE LA MUERTE
DE SAN JUAN DE LA CRUZ:

*“El santo se interesaba
por mí en una época
en que yo aún no lo conocía.”*

Durante el retiro previo al subdiaconado, que marca el compromiso definitivo para el sacerdocio, el 13 de diciembre de 1920, todo va a cambiar nuevamente.

Es de noche. Enrique lee un compendio de la vida de San Juan de la Cruz. Cuando cierra el libro, una certeza absoluta e irreprimible se apodera de él: Dios lo quiere en el Carmelo. *“Es exactamente eso”*. Pero, ¿exactamente qué? Lo que Enrique buscaba, sin poderlo precisar.

Antes de entrar tiene que afrontar grandes oposiciones. Entre otras, la de su director espiritual, que le dice: “No quiero oír hablar más de ello.” La de su obispo, que cuenta con él para la diócesis y no le permite marcharse. Pero la oposición más dolorosa e inesperada es la de su madre; fue un sufrimiento terrible para los dos. Enrique perseve-



ra con una fe llena de confianza; ora y obedece. *“Aun cuando todos me abandonen, Dios no me abandona, eso me basta”*.

Dios le da un signo: finalmente, el obispo le permite entrar en el Carmelo. Puede escribir ahora: *“Mi vocación es absolutamente segura, no puedo resistir a la voluntad de Dios tan claramente manifestada. Entonces, me marchó”*.

El 24 de febrero de 1922 ingresa en el Carmelo de Avon-Fontainebleau. La primera noche, al entrar en su celda, abre el Evangelio y lee: *“Tenéis que nacer de lo alto”* (Jn 3,7)

Anota en su cuaderno: *“Estas palabras son luminosas para mí hoy. Tengo que renacer completamente a una nueva vida [...] Es la luz que Jesús ha puesto para mí en estas palabras. Su palabra es clara, la oigo muy bien. Domina las*



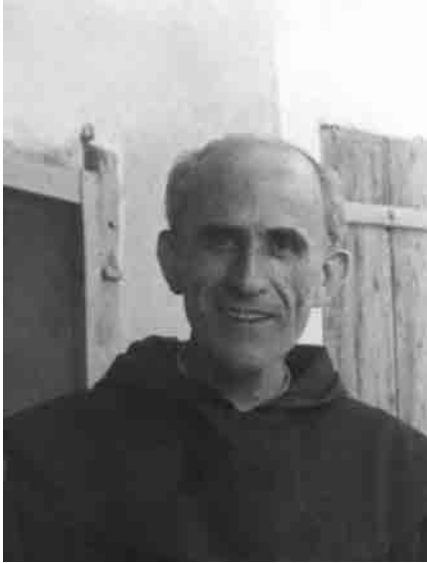
impresiones de mi sensibilidad, los gritos y razonamientos de mi inteligencia orgullosa. Debo y quiero someterme a esta nueva vida, plenamente, humildemente”.

“No sé como Dios me ha traído hasta aquí, tampoco sé adónde quiera llevarme. Sólo sé que lo que oigo es su voz: «Oyes su voz pero no sabes de dónde viene, ni adónde va» (Jn 3,8). ¡Qué bien describen estas palabras mi situación y mi estado de alma...! «Eso pasa con el que nace del Espíritu». Me alegra pensar que Jesús dice esto hoy para mí”.

Más adelante, evocando este episodio con la experiencia de la vida, el Padre comenta:

“Esa luz es una llamada hacia lo desconocido. Llamada a caminar hacia Dios en la oscuridad de la fe, hacia algo que todavía no se ha realizado y para cuya realización es necesaria la fidelidad. Hay que responder a esa llamada”.

*“He aquí al alma,
bajo la luz de la llama
que arde en ella y bajo la moción
del Espíritu.
Es una misericordia muy grande
que Dios nos separe
para entregarnos
cada vez más a todos
para ampliar
el círculo de aquellos
a quienes nos pide
que amemos.
Éste es el camino del amor.”*



*“La oración es, en cierto modo, el sol
y el centro de todas las ocupaciones del día.
Cada noche tenemos la impresión
que eso ha sido lo único importante
que hemos hecho...”*

*No perdemos nada,
lo volvemos a encontrar todo
y a todos
en Jesús.”*

En el Carmelo encuentra a Dios... encuentra la oración

Encuentra a Dios, Dios y su luz deslumbrante, Dios y su oscuridad trascendente

Los maestros del Carmelo le guían y se convierten en sus amigos íntimos.

En la soledad y en la oscuridad, recibe la luz de San Juan de la Cruz. Aprende a unirse con Dios por la fe, ¡aunque es de noche! Habla como quien tiene experiencia y anima a los que empiezan a hacer oración y se preguntan: ¿No estaremos perdiendo el tiempo? ¿De veras merece la pena perseverar si no encontramos nada?

“La oración es una búsqueda de Dios. Al principio, es sobre todo eso, una búsqueda. No lo encontramos, no estamos acostumbrados. Después es Dios quien nos llama, nos fascina, nos responde. En la oración hacemos la experiencia de Dios. Lo buscamos en fe. Hay que ejercitar la fe”.

“La fe es la capacidad de conocer a Dios y dejarse envolver por él... Por la fe, establecemos el contacto con la re-



alidad divina, en la oscuridad. Así como no se puede meter la mano en el agua sin mojarse [...] así no se puede tener contacto con Dios por la fe sin participar en su riqueza infinita”.

En el silencio, Teresa de Ávila le revela la riqueza del mundo interior: en lo más profundo del hombre, en el centro del “castillo” que es el alma, ahí está Dios presente, dándole su verdadera belleza y grandeza. “*No hay un alma a la que Dios no haya mirado con una mirada especial de amor, una mirada de Padre*”. Así es el hombre que abre su ser al misterio del amor de Dios.

Nunca estamos solos. Dios está aquí, con nosotros. Podemos entrar en relación con él: la gracia recibida en el bautismo nos hace hijos de Dios ya desde ahora y por la eternidad. ¡Qué esperanza, poder contar con la gracia que nos ha dado! Tengamos confianza, pues crece de día y de noche.

Sí, Dios es verdaderamente el primero en actuar con su gracia y su misericordia. Una vez más, Teresa del Niño Jesús se cruza en el camino del Padre María Eugenio, no ya para protegerlo en los combates de la guerra, sino para revelarle el más grande de sus secretos.

El Carmelo de aquellos años estaba todavía impregnado del clima del jansenismo. “*En el Carmelo se hacían grandes penitencias. Eran tendencias de la época. Traté de hacerlas. Discúlpeme si les hago estas confianzas. Dios me hizo descubrir «el caminito» de infancia espiritual.*

Un librito con ilustraciones: ¡le tengo un culto especial a ese librito! En él, vemos a Santa Teresa del Niño Jesús subiendo una montaña con toda una colección de instrumentos de mortificación y dice: «Dios mío, no puedo más lo dejo»”.

*“Que el testimonio de la luz de Dios,
al pasar por nuestra miseria,
por nuestra pobreza,
tal vez por nuestros crímenes,
por nuestras heridas
y por nuestra debilidad,
traiga al mundo un testimonio
del poder de la luz Dios,
de su misericordia y de su amor.”*

Como Teresita y con ella, Enrique comprende que *“la santidad no es el resultado de los esfuerzos de mortificación. La santidad no es el heroísmo”* Es mucho más, *“es la fuerza de Dios en la debilidad del hombre”* : “cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12, 10).

Enrique ha encontrado la luz *“¡y qué luz inmensa! El santo ve que su santidad es la gracia de Dios, la acción de Dios”*. La propia Teresita, lanzándolo *“a toda vela sobre las olas de la confianza y del amor”*, le invita a vivir el *“caminito”*.

En Teresita, la base de todo es su *“mirada sobre Dios”*. Nunca se aleja de Dios; quiere *“encontrarlo, permanecer con él”*.

Por la oración, por el pensamiento, *“mira a Dios, mira lo que él es; con la ayuda de una palabra, del Evangelio. Teresita está con él. Y llegará a este*

*“Agradece y entrégate
confiadamente
a él y no analices demasiado
lo que sientes.
Hay que olvidarse a sí mismo
lo más posible,
para mirarle solamente a él.
Así, Dios toma posesión
de nosotros
y, en esa oscuridad
favorable a su acción,
nos transforma profundamente.”*

*maravilloso resultado: al final de su vida
no pasará más de tres minutos sin pensar en Dios”*.

Y ¿qué descubre en la Palabra de Dios y en su propia vida? Descubre que Dios es amor, que Dios es misericordia. Amor que quiere comunicarse libremente y que se siente atraído por la miseria, por la pequeñez:

“A Teresita le llama la atención el pasaje evangélico del niño que, ‘siendo el más pequeño, es el más grande en el reino de los cielos’ (Mt 18, 1).

De hecho, en su espiritualidad hay dos polos: el conocimiento de la misericordia de Dios, que genera la confianza, y el conocimiento de nuestra debilidad. Esta escena evangélica le parece luminosa.

Lo que ve en el niño, es la pobreza absoluta y la confianza. Teresita será ese niño pequeño.”



Y nosotros, que sentimos con tanta fuerza lo que nos separa de Dios... ¿y si nos atreviéramos a ir hacia él tal y como somos?

“¡Qué importan las heridas que soportamos, la debilidad de la que estamos llenos, la ausencia de virtud, la falta de inteligencia penetrante todo aquello que lamentamos no tener! [...] Nuestra miseria no es un obstáculo. Nuestras miserias se convierten en fuentes de luz cuando se las pone bajo la luz de Dios. Testigos de ello son el buen ladrón y María Magdalena”

“Me gloriaré de buena gana en mis debilidades”, dice San Pablo (2 Cor 12,9). “¿Por qué? Porque esas debilidades atraen la misericordia de Dios.”

Así nos ama Dios: gratuitamente, porque Dios es amor, y el amor quiere comunicarse.

Así pues, Enrique descubre la profundidad de la gracia del Carmelo, especialmente la de la oración silenciosa, que lo colma interiormente.

El noviciado es para él un tiempo de purificación, un tiempo también de gracias profundas durante el cual el Espíritu Santo le deja entrever su misión y presentir su paternidad espiritual.

El 11 de marzo de 1923, Enrique Grialou, que se llama a partir de ahora ‘Padre María Eugenio del Niño Jesús’, pronuncia sus votos en el Carmelo.



*¿Qué quiere ahora el Espíritu Santo?
Quiere seguir actuando.*

*Pongámonos a su disposición,
dejémosle ir a donde él quiere!*



En el Carmelo encuentra la oración y su misión en el mundo

El primero de agosto de 1924, el Padre María Eugenio es enviado al convento de los padres Carmelitas de Lille, la capital intelectual, cultural y económica del norte de Francia.

Con la canonización de Sor Teresa del Niño Jesús, en 1925, y la proclamación del doctorado de San Juan de la Cruz, en 1926, el Padre puede difundir esa enseñanza que le parece tan importante. Lo llaman de todas partes: conferencias, entrevistas, encuentros, retiros, su horario de trabajo está muy cargado.

De regreso de una predicación, le escribe a Berta, su hermana: *“Este viaje ha sido un descanso y un cansancio.*

[...] Si supieras lo que Dios me recompensa ampliamente por todo, mostrándome simplemente la belleza de ciertas almas. [...] ¿Sabes, mi querida Berta, que no hay nada más bello en el mundo que encontrar a Dios en un alma y acompañar en ella su acción?”

Pero, con lucidez, percibe también que el ateísmo va aumentando. Esta situación provoca siempre en él un ardor misionero: *“Personas que buscan a Dios, las hay por todas partes... ¡Ah! ¡Si pudiera abordarlas a todas y hablarles del Amor infinito!”* A estas personas les hablará de Dios, convencido de que el mensaje del Carmelo responde profundamente a sus anhelos humanos y espirituales.



Es abierto, acogedor, irradia lo que vive, va al encuentro de los hombres de su tiempo en la diversidad de sus actividades y de sus culturas. Multiplica las iniciativas, con el deseo de abrirles las puertas hacia ese Dios infinito para quien están hechos.

En esa época, es también director de la revista Carmel, a la cual da un nuevo impulso: el número de suscriptores pasa de 300 a 2000.

Asimismo, acompaña con gran interés los trabajos de los Estudios carmelitanos y es uno de los pioneros de los Congresos de Avon, en los cuales participan eminentes personalidades. Se desarrollan en un clima de diálogo, de confianza y reflexión. Entre los participantes se encuentran especialistas de problemas de actualidad relativos a la cultura y la fe. A propósito de uno de esos encuentros, el Padre escribe: “Hemos tenido en Avon un congreso de Psicología religiosa extremadamente in-

teresante con un público muy variado: hindúes, taoístas, no creyentes, psiquiatras, filósofos etc., han quedado fascinados por las riquezas de vida y por la luz que aporta la enseñanza de la espiritualidad del Carmelo.”

Por otra parte, se acercan al P. María Eugenio filósofos de “*la Escuela de Aix*”, en la línea de Bergson y de Blondel. Conscientes de la aportación privilegiada del Carmelo en el campo de la vida espiritual, buscan en el Padre María Eugenio la ciencia de la oración.

Desde 1923, el Padre presiente el doctorado de “*las dos Teresas*”: “*Teresa del Niño Jesús será la doctora del -caminito espiritual-, al lado de Teresa de Jesús, la gran doctora de las vías místicas*”. Como lo subrayará más tarde Monseñor Guy Gaucher, el Padre María Eugenio “*ha situado muy exactamente a la joven carmelita en su marco de vida como tributaria del profeta Elías, de la madre Teresa y de San Juan de la Cruz*”.



El Padre experimenta cada vez más la pertinencia y la profundidad del carisma del Carmelo en la vida de la Iglesia: un carisma que ilumina al hombre en su búsqueda de sentido. Más adelante, en el contacto con civilizaciones del mundo entero, le escribe a una misionera:

“Den testimonio del Dios vivo, del Espíritu de Amor y no de una civilización. Den testimonio de la Verdad y del Amor que es Dios... y esto, háganlo como puedan, hablando, actuando, orando o padeciendo... Que su confianza crezca en la medida del don inmenso que Dios quiere hacer a las almas. Adéntrense en la oscuridad luminosa de la fe y del amor, para acoger en toda su amplitud su misión”.

Nombrado visitador de los Carmelos femeninos de Francia y encargado de organizar las Federaciones de las Madres Carmelitas, el Padre María Eugenio recorre el país. Visita ciento cu-

“Den testimonio del Dios vivo, del Espíritu de Amor y no de una civilización. Den testimonio de la Verdad y del Amor que es Dios”

arenta monasterios y tiene numerosos encuentros. Ya antes del Concilio Vaticano II, trabaja por la unidad y la renovación de la Orden.

Durante veinte años, le confían importantes funciones: es superior de los conventos de Tarascon, Agen y Monte-Carlo. Después, llamado a Roma, asume responsabilidades al frente de la Orden. Mantiene una actividad intensa con viajes y contactos en el mundo entero: El Cairo, Bagdad, Hong-Kong, Manila, Infanta, Saigón, Phnom-Penh, Singapur, Colombo, Bombay, Beirut, Jerusalén, Tel Aviv, Estados Unidos, México.



*Alienta aquí
un gran espíritu misionero,
se abren amplios horizontes
y se avanza.*

*“Si hablan de mí,
tendrán que decir
que soy pobre,
sencillo, y que he sufrido.”*

Algunos testigos observan: *“Tenía un punto de vista mundial, católico en el pleno sentido de la palabra. [...] Quería que la Iglesia se adaptara a su tiempo sin traicionarse a sí misma”. “¡Cuántos gestos audaces realizó, dictados por su gran espíritu de fe!”* Lo pone todo en manos de Dios, preocupaciones y dificultades, esperándolo todo de Él.

A la escucha de Dios y de cuantos encuentra en su camino, va dando forma al libro *Quiero ver a Dios*, que será publicado en 1949. Se ha reeditado hasta hoy y está traducido en siete idiomas. Todo lo relacionado con la Iglesia y el Carmelo le afecta profundamente... Acogerá el Concilio Vaticano II con gran alegría.

“Por todas partes, jornadas bien ocupadas – escribe –. Dios es bueno y poderoso”. Y añade: “Mi trabajo habitual [es] tranquilo y al mismo tiempo bastante intenso. No pierdo la calma, mi vida es profunda y recogida, como toda vida en el Carmelo”.

Se adivina que este trabajo intenso, no lo realizaba sin sufrimiento. El Padre lo llevaba en silencio. Pero algunas de sus oraciones son reveladoras:

*“En Getsemaní Jesús
ha rescatado al mundo.
En esa oscuridad
en la cual Dios nos introduce,
participamos en la salvación
del mundo. ¡Oh Jesús!, enséñame
tu paciencia, tu silencio.
Es lo que menos sé hacer.
Me agito, me lamento,
creo que ya no estás aquí,
creo que no hago nada.
Enséñame tu paciencia
en la oscuridad”.*

El P. María Eugenio se une a Jesús y se lo confía todo a él, que no sabe sino sanar y transforma nuestros gritos en oración:

“¡Oh Jesús! quiero poner mi sufrimiento en el tuyo, mi derrota en la tuya”



*“Tengo una alegría profunda,
extraordinaria...”*

*“[Al Espíritu Santo] le llamo
'mi amigo'.”*

Pero al mismo tiempo, el apóstol es feliz, así son las antinomias de la vida espiritual. *“Nuestro Señor le prometió el céntuplo y se lo da: alegría de la intimidad con Cristo, de la identificación con él este gran bien lo acompaña en sus luchas. El apóstol, hombre de Dios, hermano de Cristo, está profundamente unido a él. Lo ha dado todo por él”.*

Y esa intimidad con Cristo, con el Espíritu Santo, es la que hace a los santos y construye la Iglesia: *“El Espíritu Santo es el arquitecto, el constructor que edifica la Iglesia. Para que el trabajo del apóstol sea verdaderamente eficaz, tiene que hacerlo en colaboración con el Espíritu Santo. Nosotros no somos más que pequeños aprendices, le pasamos las herramientas, colocamos las piedras como él nos dice. Somos sus colaboradores... no los maestros de obra, sino los cooperadores”.*

“Padre María Eugenio enseñaba con su oración. Todavía me acuerdo de su actitud orante. Su rostro era impresionante. Sentíamos que estaba ocupado en los asuntos del Padre. Verle orar así revela, más que bellos discursos, lo que es la oración.”

*« Creía tanto en la oración
como en la misión,
apoyándose mutuamente la
una a la otra .”*

La preocupación de entregarse a Dios en plena acción vuelve constantemente en sus enseñanzas. El Padre enseña lo que vive:

“Esto supone que todo lo hagamos en comunión con el Espíritu Santo. Siempre hay que ‘llamar al timbre’ para que venga: lo necesitamos a cada instante. Nuestra relación con el Espíritu Santo ha de ser íntima, continua.

La santidad consiste en un estado de pobreza tal, que a cada instante nos veamos obligados a pedírselo todo al Espíritu Santo, que estemos pendientes de su auxilio y convencidos de que, sin su gracia, no podemos hacer nada”.

Sea cual sea la urgencia de su actividad exterior, el Padre María Eugenio nunca sacrifica la oración; la prolonga al



contrario en las horas de angustia: *“La oración es el elemento esencial en la construcción de la Iglesia.”*

“Construimos la Iglesia orando. Si no sabemos orar, haremos un edificio con piedras, pero sin cemento.”

Dos testigos cuentan:

“La imagen del Padre orando en la noche permanece grabada en mi memoria. Era de una fidelidad constante a la oración”.

“Después de un largo vuelo de noche, al llegar, celebraba primero la misa y hacía oración.

Poco después se entregaba de lleno a los asuntos que tenía que tratar y se ponía a disposición de quienes deseaban verlo”.

“En estas regiones oscuras porque la Sabiduría reina en ellas, se le otorga a cada paso la luz al alma que cree y se abandona a esta Sabiduría de amor, que ha tomado como guía y maestra.”

“La Sabiduría es luz y misterio. Es necesaria la fe para entrar en ella y sólo el amor puede habitar en paz con ella.”

Nuestra Señora de la Vida



Es imposible separar la gracia del Carmelo que ardía en el corazón del Padre María Eugenio de la fundación del Instituto Nuestra Señora de la Vida.

En su trato con las personas, el Padre experimentó que el deseo de Dios es una llamada presente en el corazón de todo hombre, aunque muchas veces esté ahogado por las preocupaciones de la vida, que lo absorben y lo arrancan a sí mismo. Esta llamada silenciosa está presente aún en aquellos que prescinden de Dios, o participan del conformismo anticlerical y materialista predominante. O en quienes lo ignoran todo de Dios o sólo conocen de él caricaturas, o sufren del sin sentido de la vida y lo

buscan, a tientas y sin tener plena conciencia de ello.

Llamada, en definitiva, de todos aquellos en quienes *“la carencia espiritual ha dejado dormida, pero viva, y a veces incluso ha reavivado, la necesidad de Dios”*.

Pero ¿es posible olvidarse de Dios? ¿De ese Dios de quien conservamos secretamente la herida aún sin saber qué hacer, ni cómo buscarlo, ni siquiera si es posible encontrarlo?

El Padre María Eugenio continúa preguntándose: ¿Cómo llegar a esa multitud que tiene hambre y sed de



Dios? *“Es rebajar al hombre no ver en él más que a un hombre, el hombre es hijo de Dios”. “¿Cómo poner al alcance de esa multitud el tesoro del Carmelo? Sin decir nada, reflexionaba”. Era necesaria una presencia en medio del mundo: “Hacían falta instrumentos vivos que vivieran la doctrina del Carmelo y la pudieran transmitir”.*

El Padre espera que Dios mismo le indique *“el momento, la manera, la hora, la gracia”*, rechazando precipitarse en realizaciones personales. Hay que *“esperar la luz interior y la luz exterior”* que aportan la Iglesia o los acontecimientos. Entonces, piensa, puede uno caminar con seguridad. Porque la palabra de Dios se realiza ¡se realiza siempre! Es la obra del Espíritu Santo. *“El Espíritu Santo está siempre en movimiento, ‘no se sabe ni de dónde viene ni hacia*

dónde va’, pero él avanza, es Dios en movimiento, está siempre en acción, hay que dejarse guiar por el Espíritu.”

En 1928, el Padre María Eugenio es nombrado superior del Colegio “Le Petit Castelet”, en Tarascon: *“Una una obra en la cual yo no creía. Mi nombramiento llegó el 14 de agosto [víspera de la fiesta de la Asunción de María].*

Pensé: «no puedo negarme, no puedo rehusar». Atendí lo mejor que pude a esos niños; sin embargo, probablemente, estaba ahí para otra cosa”.

De hecho, el lunes de Pentecostés de 1929 vienen a visitarlo tres señoritas, unidas por el deseo de entregarse totalmente a Dios y a la Iglesia. Ellas serán las piedras de fundación del Instituto Nuestra Señora de la Vida.



“Es Dios quien lo hizo todo para nosotros; nos condujo hasta aquí y quiso que nuestra experiencia de desierto y soledad tuviera lugar en un santuario de la Virgen...”

Justo entonces le ofrecen inesperadamente una propiedad en Venasque, junto a un santuario mariano muy antiguo, Notre-Dame de Vie. *“Un día, tuvimos la sorpresa de descubrirlo”*. Empezó entonces en ese lugar, en 1932 *“algo”*, decía el Padre, que no se sabía en aquel momento qué forma tomaría, pero que el arzobispo de Aviñón bendijo. Las tres señoritas vinieron, una tras otra, a vivir allí un año de desierto total.

Pero los acontecimientos exteriores se precipitaron. Los nombramientos sucesivos en la Orden de los Carmeli-

tas iban alejando cada vez más al Padre María Eugenio del grupo de Nuestra Señora de la Vida, y obstaculizaban la realización de cualquier proyecto. De manera especial, su nombramiento en Roma parecía acabar con todo. *“Tuve la impresión de hacer un sacrificio completo de mí mismo por el bien general de la Orden”*.

¿Debía el Padre María Eugenio abandonarlo todo? ¿Cómo saber lo que Dios quiere? ¿Cómo estar seguros de no equivocarse? Como en cada encrucijada de su vida, el Padre ora y confía en la palabra de la Iglesia. Su superior le dice: *“Es una obra divina, no solamente le permito que se ocupe de ella, sino que además, se lo ordeno”*. Así pues, al mismo tiempo que asume sus responsabilidades en la Orden del Carmelo, sigue velando sobre el desarrollo



del Instituto Nuestra Señora de la Vida. Y es María Pila quien, en la sombra del Padre, con sus grandes cualidades humanas y espirituales, asegura cada día la buena marcha del Instituto.

El año 1947 marca una nueva etapa: la Iglesia crea los Institutos Seculares. El Padre María Eugenio ve entonces que esa nueva forma de vida consagrada corresponde a sus más profundas intuiciones personales: permite una adaptación flexible del espíritu del Carmelo en pleno mundo, sin renunciar a las exigencias fundamentales de la consagración total. El grupo de Nuestra Señora de la Vida será inmediatamente reconocido como Instituto secular de derecho diocesano y, en 1962, de derecho pontificio. En 1973 será finalmente reconocido como un único Instituto con tres ramas: dos ramas de laicos consagrados (hombres y mujeres) y una rama sacerdotal; se agregan también los grupos de asociados y matrimonios.

Rápidamente las vocaciones afluyen, y el Padre organiza una formación

de dos años según el espíritu del Carmelo, basada en la búsqueda de Dios por la oración, en la soledad y en el apoyo de una vida fraterna:

“Estáis aquí para forjaros almas cuya fuerza, luz y vida sea Dios... Nuestra meta es que toméis conciencia de lo absoluto de Dios, que Dios entre en vuestras vidas y que os acostumbréis desde ahora a hacerle el don total de vosotros mismos. Dios habla en la soledad. Llama al desierto a las almas a las que quiere hablar”.

“La conduciré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2 16,).

El deseo del desierto, la necesidad de orar y la vida fraterna son como la columna vertebral de los miembros de Nuestra Señora de la Vida. Para permanecer fieles a ello, regresan periódicamente a la casa de soledad, para rehacerse espiritualmente cuando, una vez terminada la formación inicial, se incorporan a la vida profesional y conviven con la gente en las tareas de normales



de la vida, en cualquier ambiente profesional y social. Los sacerdotes lo hacen en la diversidad de sus ministerios.

Tratar con las personas ahí donde están, trabajar con ellas, codo a codo: *“no es necesario que prestemos servicios exteriores brillantes, basta con que sean constantes y auténticamente movidos por el amor... Vuestro apostolado será un apostolado de vida ordinaria, un testimonio de vida en el ejercicio de vuestra profesión”.*

No hay nada espectacular. La caridad ha de irradiar a través de los gestos cotidianos de la vida. *“No es la profesión la que nos santifica, sino la caridad que ponemos en lo que hacemos. Un alma que está en contacto con Dios, que vive con él, debe amar, comunicar amor... por su sonrisa, por su serenidad, por los servicios que presta, debe ser como un fuego de amor dondequiera que esté”.*

“El Espíritu Santo está vivo y lo ordena todo. Tengo que abandonarme por completo y estar disponible con los ojos cerrados, sin pretender conocer lo que será el futuro. Esforzándomeme por cumplir con mis obligaciones actuales, bajo su luz y según su voluntad.”

Al acercarse a Dios se da una cuenta de que para imitarlo, hay que hacer como él: dar únicamente amor, aún cuando este amor sea rechazado...”

“El Padre María Eugenio contribuyó a despertar en mí una sed de Dios que yo no sospechaba.”

“Creyó en mi gracia...”

Poco importa que el testimonio sea explícito o silencioso, lo principal es el testimonio de lo que somos, es *“dejar ver a Dios. El gran medio no es la discusión, la gente ya no cree en ella, ni siquiera lo son las obras, sino el testimonio de Dios y de la vida de Dios. El testimonio de alguien que ha sido conquistado por Dios y que, con sus actitudes y sus palabras, deja ver a Dios, manifiesta a Dios”.*

Escribe a un miembro del instituto, que se ocupa de un hogar para personas sin domicilio fijo: *“¡Qué gracia la de encontrarse en medio de una masa to-*



“He comprendido la misericordia. Santa Teresa del Niño Jesús sintió su suavidad, yo siento su fuerza”.

davía sin fermentar, pero ya trabajada por la caridad! Ame a esas almas con las que vive, esté abierta a sus necesidades y sea comprensiva con las diferentes formas de pensar.

Todo ello para que irradie la caridad sobrenatural y pueda orientarlos hacia el Dios vivo. Éste es el mensaje que debe transmitir, silenciosamente de manera habitual o explícitamente en ciertas circunstancias. Llène su alma de luz y de fuerza en la oración, en un contacto sencillo con Dios. Ofrézcase a él y a la Santísima Virgen y confíelo todo al Espíritu Santo cumpliendo su misión con libertad y alegría”.

La misión es ante todo un acto de fe en Dios, en la fuerza de la oración, en el hombre que Dios pone en nuestro camino: creer en Dios con esperanza alegre, con la certeza de que este mundo ya está trabajado silenciosamente por la caridad de Dios. Creer que la gracia depositada en cada hombre tiene el poder vital del grano de mostaza. El apóstol no está sólo, el Espíritu Santo vive en él y

en el corazón de cada hombre. Jesús lo ha prometido.

El primer trabajo del apóstol es unirse con Dios. Creer en la oración, que llega a Dios y a los hombres. La oración en sí misma es una acción *“la oración es la vida misma de la Iglesia.”*

Creer en el hombre, no desesperar nunca de este hombre a quien Dios ama, conoce y quiere salvar. Ahí tenemos la fuente de la confianza y el optimismo alegre que animaban al padre María Eugenio: Dios busca al hombre. Cristo Salvador entra en nuestra historia, abriéndonos caminos de esperanza.

Así es el optimismo que se apoya sobre la fuerza del amor que Dios tiene al hombre, a ese hombre que, según la expresión del Concilio Vaticano II, está llamado a la santidad.

“He comprendido la misericordia. Santa Teresa del Niño Jesús sintió su suavidad, yo siento su fuerza”.

María

María está siempre en la vida del padre María Eugenio, su presencia es constante y discreta. *“A vos, oh María... os lo debo todo, pues me habéis guiado y hecho cuanto soy. [...] Quiero más que nunca seguir siendo hijo vuestro”*.

Esta oración, pronunciada el día de su ordenación sacerdotal, expresa la dimensión mariana, esencial en su vida.

En el Evangelio, considera a María, *“la esclava del Señor”* que escucha, atenta al Padre de las Misericordias, al Espíritu Santo que la cubre con su sombra enteramente re-lativa a su Hijo, Señor y salvador de los hombres, meditando en su corazón los acontecimientos y la Palabra, haciendo *“todo lo que Jesús dice”*: el discípulo perfecto de Jesús es María. Por la pureza de su fe, por su obediencia a la Palabra, por el amor que la une a Jesús, la Virgen María entra profundamente en el misterio de Cristo, ahí está todo.

El Padre María Eugenio la contempla; en fe, esperanza y amor, camina en pos de ella, penetrando en las profundidades del misterio de Cristo, en el misterio pascual de su muerte y resurrección: la Vida brota del corazón traspasado de Jesús y triunfa en la Resurrección. Y en la Cruz, Jesús nos da a María: *“Hijo,*

aquí tienes a tu madre”: madre de Dios, madre de todos los hombres, madre de la Iglesia. El Padre María Eugenio la contempla, deslumbrado. Para él es Nuestra Señora de la Vida.

“El discípulo la acogió en su casa” (Jn 19,27): en el misterio de esa intimidad se desarrolla la dimensión más profunda y más bella del amor que nos une a Cristo Jesús.

Esta comunión tan profunda del Padre María Eugenio con Jesús se expresó intensamente durante los últimos días de su vida. Enfermo, debilitado, vivió su propio misterio pascual en el transcurso de la Semana Santa de 1967, en unión con toda la Iglesia:

“¡Dios mío, te quiero! ¡Jesús, te quiero! ¡Me parece que te amo perfectamente y que me parezco a ti! Cada minuto que pasa me permite amarte más. Dios me lo ha dado todo... las profundidades de Dios son Amor.”

En la mañana de Pascua, el Padre pregunta qué día es, y repite: *“¡el día de Pascua!, ¡el día de Pascua!”* Luego murmura: *“En tus manos Señor, encomiando mi espíritu”*.

Al día siguiente, María viene a buscarlo, en el décimo aniversario de la fiesta de Nuestra Señora de la Vida, que él mismo había instituido para compartir con ella la alegría de la Resurrección.

*“Con el Espíritu Santo,
creo que nos adentramos
en el misterio del
padre María Eugenio”*

El Espíritu se derrama sobre los pobres y los pequeños

El padre María Eugenio cuenta con sentido del humor:

“Durante toda mi vida el Espíritu Santo me ha desconcertado, nunca ha hecho lo que yo quería, más bien al contrario... y ¡creo que continúa! En mi vida, a veces me ponía en camino, pensaba que iba en la buena dirección, y de repente ¡alto!, tenía que pararme en seco y dar la vuelta. Sientes que es el Espíritu Santo quien lo quiere. Hay que tener una confianza absoluta en él.

Con él siempre estamos contentos, sobre todo cuando nos desconcierta, porque es la prueba de que está ahí. Cuando nos desconcierta, entonces podemos esperar en el gran poder del amor de Dios”.

“Esto exige de nosotros una docilidad de fondo. Hay que saber renunciar a lo que nos parece ser lo mejor para adoptar lo que él quiere.

El resultado es que nos llena de Amor el Espíritu Santo es el Espíritu de Amor, es el Amor sustancial.”

“Este Espíritu que vive en vuestras almas, ojalá deseéis encontrarlo cada día más, entregaros a él, dejaros conducir por él. Es delicado y misericordioso con vosotros; también vosotros debéis mostrar cada vez más delicadeza, tener la preocupación de agradecerle entregándoos a él. Que vuestro mayor gozo, que la mayor alegría de vuestra vida sea la presencia del Espíritu, la acción, percibida en ciertos momentos, del Espíritu.”

“Pidamos al Espíritu Santo que nos enseñe a orar. El que ora perfectamente es el que deja orar en él al Espíritu Santo, el que le entrega su voluntad, toda su alma, para que el Espíritu Santo



*pueda hacer en él
lo que quiere.*

*Es ésta la oración
la oración verdadera.
El Espíritu Santo sabe
lo que debemos pedir
para realizar
nuestra vocación,
para nuestro apostolado.*

*Es él quien hará
que nuestra oración
entre en esas
profundidades misteriosas
que no conocemos ahora,
pero que veremos
un día en el cielo.”*

“Rezo mucho para que el Espíritu Santo descienda sobre cada una de vuestras almas y creo que, cuando esté en el Paraíso, ésta seguirá siendo mi oración. ¡Importunaré mucho al Padre,



a Nuestro Señor e incluso al Espíritu Santo, para que así sea!”

“Que el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, que podáis decir lo más pronto posible que el Espíritu Santo es vuestro amigo, que el Espíritu Santo es vuestra luz, que el Espíritu Santo es vuestro Maestro. [...] Es la oración que voy a continuar haciendo en la tierra mientras Dios me deje aquí, y que continuaré, sin duda, haciendo por vosotros en la eternidad!”.

Oración

por intercesión del Beato

Señor Dios, Padre Nuestro, te damos gracias porque has dado a tu Iglesia al Beato padre María-Eugenio del Niño Jesús. Caminó unido a Cristo y dócil al Espíritu Santo al que llamaba su "Amigo", viviendo en plenitud la gracia del Carmelo, en la contemplación y el compromiso misionero, con la confianza puesta en la Virgen María, Madre de la Vida. Que podamos, como él, descubrir las riquezas de tu Amor perseverando en la oración para ser testigos de tu Misericordia. Que su enseñanza llegue a todos los que caminamos en la fe. Concédenos la gracia que te pedimos por su intercesión, (...)

Y, si esa es tu voluntad, permite que un día sea canonizado para gloria de tu Nombre y bien de tu pueblo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

(Con licencia eclesiástica del Arzobispado de Aviñon)



En el santuario de Notre-Dame de Vie, se reza esta oración por todas las personas que se encomiendan al padre María-Eugenio. El día 27 de cada mes se celebra una Eucaristía por aquellos que en el mundo entero se confían a su intercesión.

**PARA AGRADECER, COMUNICAR FAVORES,
Y PEDIR ORACIONES O MISAS, PUEDEN DIRIGIRSE A:**

POSTULATION

Notre-Dame de Vie,
85 Chemin de la Roberte, F-84210 Venasque.
postulation@pere-marie-eugene.org
www.notredamedevie.org

ESPAÑA

padremariaeugenio@gmail.com
www.nuestrasenoradelavida.es